

PRÓLOGO

U n parterre de geranios de explosivos colores ocupa toda la imagen. Nos alejamos y descubrimos, a su lado, tendido boca abajo, aplastando nuevas flores indefensas, el cuerpo desnudo de un tipo gordo, desmayado, el recio pelo negro costroso de suciedad, con una botella de alcohol vacía agarrada en una mano. Probablemente se trata de un borracho, pero sus formas obesas y curvilíneas, junto a la calidad de la piel, reluciente, lampiña y esponjosa como la de un cerdo, podrían pertenecer a una mujer.

Seguimos retirándonos progresivamente y empezamos a oír el temible ruido del tráfico de una calle céntrica (alrededor adivinamos unos hollinosos edificios bajos) que bordea, en doble sentido, el parque con el parterre y su borracho. En un extremo, una policía municipal de apretados muslos y regordetes mofletes empieza a soplar desgañitada su silbato, pertrechada en el interior de una garita elevada. Una vaharada de humo gris y aparentemente maloliente lo invade todo, precediendo una horda de viejos y destartalados vehículos de dos, tres y cuatro ruedas que cruza el asfalto con prisas inexplicables. Estamos, evidentemente, ante una recreación de paisaje urbano hecha en estudio.

Los automóviles, conducidos por impacientes adultos desarrapados de morenas facciones primitivas y complexiones chatas, consisten básicamente en coches de todo diseño y tipo (europeo, japonés y americano), unificados estéticamente

solo por el menoscabo de sus carrocerías, sus chapas oxidadas y el uso indiscriminado de frenos y bocina, la cual hace las funciones de las luces de posición (nadie las utiliza); carcomidos motocarros con audaces timoneles en camisetas de tirantes y pantalones cortos, realizando imprudentes y alocados adelantamientos, ajenos a su carga humana de hasta seis pasajeros (en su mayoría familias, sentados tres sobre tres sobre la banca posterior), sin respetar semáforos ni el paso de peatones: varios de estos últimos retroceden asustados, al verse prácticamente arrollados por la estampida de autos; y motocicletas montadas en numerosas ocasiones por hasta tres personas desencasquetadas: un matrimonio con su bebé precariamente sostenido por el papá sobre el lomo de la moto, frente a los gigantes manillares, sin sujeción alguna excepto las nudosas manos progenitoras.

Una pareja en un motocarro ríe señalando el cuerpo del ebrio tirado sobre el jardín del parque. Ella se cubre la cara con una mano, coqueta, sin dejar de mirar. El desmejorado conductor del motocarro también se vuelve y sonríe cruel.

-¡Cúbrete, indesente, que estás todo calato! —la frase suena a todas luces prescindible, pronunciada para acentuar la impresión de lugar exótico y singular, como así manifiesta el subsiguiente subrayado musical de violines y maracas, sostenidas cual vibrar de cola de cascabel.

Y sobre la imagen, se superpone por unos segundos la siguiente frase:

EN LA CAPITAL DE UN PAÍS DEL CONO SUR,
EN UN FUTURO CERCANO*...

Una desvencijada camioneta azul del tipo vulgarmente conocido como “ranchera” se sitúa en primer término procedente de la calle más cercana, deteniéndose bruscamente debido a un embudo del tránsito. La conduce John Figueroa. Es un tipo alto, de ojos añiles, un contorno de rostro cuadrículado, angulosas mandíbulas y pelo negro (evidentemente teñido para la ocasión, pues el actor que lo encarna tiene de habitual el pelo castaño, y sus rasgos son manifiestamente germánicos). Ronda los treinta años y su rostro aparece maculado por barro y grasa de motor. Impaciente, masculla una maldición que no logramos identificar, probablemente inventada para la ocasión. Su actitud revela que tiene aún más prisa que los demás conductores.

**En realidad, Su Excelencia, para nosotros quiere ya decir “En un pasado lejano...”. (Nota a mano del Restaurador del Libro con vistas a memorizarla para información del Presidente)*

Para hacer tiempo, mira a su alrededor, nervioso. Sus ojos recaen sobre un cartel publicitario instalado sobre la fachada de una ruinoso panadería. En él, se ve una fotografía de cuerpo entero del propio John Figueroa, vestido con lujosos pantalones negros y sedosa camisa negra abierta en el pecho, rodeado de atractivas mujeres blancas de apariencia anglosajona, con grandes ojos y bocas, pechos artificialmente resaltados y largas piernas al descubierto, debajo de sus politos y sus minifaldas. En la foto, el modelo mira al espectador mientras sostiene una botella de cerveza en cada mano, con aire confiado y seductor, las mujeres observándole deseosas, bajo el siguiente rótulo en forma de globo de historieta que parte del propio John: TÓMALAS. Un recargado logotipo de la marca Cerveza Inca, reminiscencia de algún tocado precolombino, reina en el extremo superior derecho del cartel.

El John “real” retira la vista del cartel y con desasosiego repasa a los conductores en derredor, inquieto, mientras su mano derecha oculta parcialmente su rostro, como si acariciara su barba de dos días. Luego, más convencido de que nadie le está reconociendo, se suma al clamor de bocinazos, machacando repetidamente su claxon con la mano izquierda. Por fin, la caravana reinicia la marcha y John consigue avanzar varios metros con su auto.

Reanudado el trayecto, John adelanta sin remordimientos a varios vehículos (ciertamente, tiene prisa) y se introduce con premura en un desvío. Un tremendo bache sacude todo el coche: más nervioso todavía, John echa un vistazo por el retrovisor y luego hacia atrás, preocupado, estando a punto de atropellar a un grupo de cuatro niños harapientos de no más de siete años, que venden caramelos en la calle. John les sigue con la mirada, arrepentido de su imprudente acelerón, pero continúa hasta el final de la callejuela. La ranchera recala frente a un establecimiento de pinta cochambrosa: una estructura rectangular de rojo adobe desbaratado bajo una mano de pintura amarilla ya grisácea, precedida de un patio bordeado por un vacilante muro de mampostería concertada.

Los niños rebasados, al ver que el auto estaciona solo unos metros más allá, corren en tropel hacia John, quien acaba de descender de su camioneta y evalúa con esperanza el rótulo pintado a brochazos rojos sobre fondo amarillo del establecimiento, donde dice:

AGENCIA DE TRASPORTES AMAZONIA

Luego, con ansiedad mal disimulada, se dirige hacia la parte posterior de la ranchera. Una alfombrilla de duro plástico negro con relieve rayado cubre apenas lo que parece un bulto oculto bajo la misma. Sudoroso e intranquilo, John se dispone a introducir su mano en el oscuro hueco que se abre bajo la alfombrilla, pero el hatajo de niños se le abalanza antes de que pueda culminar su gesto, agobiándole con incontinentes peticiones de caridad y desapego monetario. Los rostros de los críos son hermosos y suplicantes.

-¡Señor, señor, cómpreme un chiclesito!

-¡Una tarjeta de teléfono, señor!

-¡Amigo, usted es importante, colabore con mi mancha nomás!

John se altera al oír esto último y, haciendo un esfuerzo por enderezar su propósito y reemprender su cometido, se desplaza a contracorriente entre ellos: apreciamos ahora con mayor claridad su sobria vestimenta, un uniforme originalmente blanco de una pieza, con cuello de cisne y patas de elefante, compuesto de una tela suave, probablemente algodón, que envuelve ajustada la nervuda y bien formada figura del protagonista.

John exhibe el forrillo de los bolsillos de sus pantalones, en ademán de disculpa frente a los niños. Estos, decepcionados, le ven cruzar el triste patio arenoso y entrar en la Agencia de Transportes. El mayor le grita, inconforme.

-¡Figureti de mierda!

El interior de la agencia es en realidad otro solar con más viso de deteriorado aparcamiento, rodeado por un perímetro de paredes desportilladas. En la más alejada, un vano desnudo da a un cuarto que hace las veces de oficina. De su hondura, sobresale una bronceína multitud de gentes humildes, gritando hacia el fondo mientras agitan billetes de viaje.

-¡En la boleta nos asegura que el taxi partiría hace una hora!

-¡Devuélvame la plata!

Sin mayor dilación ni miramientos, John se abre paso como puede por entre la marabunta de paisanos, lográndose asomar por el hueco del vano: adentro, desde detrás de una mesa y acuciado por la muchedumbre, un tendero de ajado

y anticuado traje polvoriento, poco apropiado en el luminoso día, intenta mantener la situación a raya, consiguiéndolo a duras penas.

-¡No tenemos taxis disponibles! ¡El próximo llega en media hora!

John se fija en un voluminoso crucifijo que cuelga de la pared, junto a un archivador. Por un momento su rostro refleja consternación. Enseguida, recupera la compostura y hace una seña con la mano en dirección al tendero. Fácilmente saca una cabeza al resto de lugareños, así que el jefecito, quien ahora se seca el cobrizo rostro sudoroso con un pañuelo sudado, repara de inmediato en él. Su cara de pronunciada dentadura ladrillosa se ilumina servil y, murmurando continuas y falsas palabras de disculpas ante la quejumbrosa masa aglomerada, con esa predisposición inexplicada pero sobreentendida que siempre muestran los secundarios hacia un protagonista, se apresura con dificultad hacia la salida del despacho.

El tendero consigue salir y se aproxima voluntarioso a John.

-Señor Figueroa, qué placer resibirle aquí. Soy un loco de sus comersiales...

-Necesito un carro de inmediato.

-¿Adónde? ¿A Tingo María, a Huánuco?

-El lugar no importa. Pero debo salir de aquí ahora mismo.

El tendero pone cara de conejo desvalido.

-Qué lástima. Pero hoy es imposible. Ni de vainas. Mis ferchos están todos en ruta y los que no, están durmiendo la mona, pues. Además, hay varias trochas cortadas por los bandidos y... -Su rostro cambia de pronto, ensombreciéndose con una rastrera sonrisa, al mismo tiempo que un foco parece iluminarle la franja de los ojos (los bordes de sus cuencas repasados con lápiz negro para subrayar lo mestizo de su condición), resaltando la expresión de ruindad, mientras alza su mano y frota el dedo pulgar contra el índice y el corazón-. Claro que, por una pequeña coima... ¿Cómo lo podemos arreglar?

Las facciones de John se contraen, endureciendo el semblante. Al mismo tiempo, consecuencia de ese gesto, su frente desciende un centímetro por debajo de su cabellera inmóvil, produciendo ese extraño efecto que en algunas personas parece indicar, sin ser cierto, que son portadoras de peluquín.

-No tengo encima ni un miserable sol...

La sonrisa complaciente del tendero se hiela de inmediato. Encogiéndose de

hombros, parece dispuesto a iniciar una retahíla de pretextos de hombre de negocios debido al beneficio de su empresa, cuando en ese justo momento, un coche blanco de cuatro portezuelas entra en el solar y aparca en un extremo. Del auto bajan variopintos pasajeros anquilosados por el trayecto.

John se dirige sin vacilar hacia el conductor, un joven de gruesos labios, carrillos llenos y piel achocolatada, de ensortijada cabellera y al que la polvareda aposentada confiere apariencia de animal disecado, vestido con una camiseta rasgada que anuncia en su desvaído estampado una marca de refrescos estadounidense.

-Negro, negro... ¿Cuánto por llevarme a la selva?

-No sé. Nomás hable con el jefe...

El tendero, que ha seguido a John, vuelve a encogerse de hombros.

-Señor Figueroa, usted mismo reconose que no lleva plata ensima.

-Pero puedo conseguirla sin apuro. ¿O es que no soy suficiente garantía? Le proporcionaré el doble de lo que cueste el viaje.

El tendero le mira fijamente, con expresión apenada.

-Pues si no sabe siquiera dónde quiere ir...

-Lo más lejos que contemple. El trayecto más remoto. Diga su tarifa y yo le pagaré el doble en cuanto pueda llegarme a una sucursal bancaria.

-En ese caso...

El tendero vuelve a engalanar su faz con una sonrisa raída de mezquinos ribetes. Le tiende la mano a John y, mientras este cede la suya con desgana para verla sacudida sin remisión, el tendero compone con la otra mano un signo de aprobación hacia la muchedumbre, indicándoles que se alleguen. Varias personas, mujeres, muchachas y viejos, cargados de bultos y hatillos, comienzan a introducirse por las tres portezuelas del coche no correspondientes al conductor: cinco parroquianos se apretujan ya en los asientos traseros, mientras dos más se acomodan como pueden en el asiento del copiloto, y tres críos se instalan a su gusto en el desolado maletero trasero.

John, al contemplar la invasión que está sufriendo el vehículo, se apresta a disuadir a los pasajeros de que tomen posesión de ese transporte, pero ninguno le escucha. Entonces trata de volver su queja hacia el tendero, pero este ya se ha desentendido de él y se encamina hacia un pordiosero andrajoso de fisonomía desastrada y bribona que le hace señas desde la entrada del solar. Finalmente,

John opta por expresar su desacuerdo con el propio chófer.

-Eh... Eh... esto no es justo... habíamos quedado en que solo me llevaría a mí.

-Ese no es mi problema, pata.

A John se le agota la paciencia y le coge de la floja camiseta.

-Yo no soy su "pata" –masculla sibilante–. Dígale a esta gente que se baje ahora mismo o le hago trizas. ¡Necesito el carro! ¿Es que no lo entiende?

Asustado, el muchacho mulato levanta sus blancas palmas en son de paz, mientras abre la boca exponiendo unos dientes metálicos cubriendo los huecos de la malnutrición.

-OK, pata. Como le digo, hable con mi jefe...

Con visaje contrariado, procurando no perder el oremus, John reflexiona unos segundos. Luego suspira y, teóricamente de nuevo en posesión de sus nervios, busca con la mirada al tendero. Lo localiza tres metros más allá, cuchicheando con el tipo de aspecto maleante, quien le muestra un objeto plegado. Parecen en tratos.

-¡Eh! –grita John, aproximándose hacia ellos–. Eh... amigo, ¿por qué no le dice a su... fercho que yo le alquilo el carro para que me lleve solo a mí?

El tendero no se vuelve, parece sumamente interesado en el trapicheo con el ratero.

-¿Por cuánto has dicho que me lo dejas?

-Veinte soles, hermano.

-¡Veinte soles! Vamos, tú estás volado. No... –el tendero sacude la cabeza, insatisfecho–. No te puedo dar más de quince.

-¡Pero mírelo, compadre! Es un pisobús de la mejor calidad, y está como quien dise nuevito.

En ese instante, John se fija en el artículo cuya venta se tramita ante sus ojos. Sorprendido, comprueba que lo que el improvisado vendedor sujeta entre sus mugrientas manos de uñas rematadas de roña es una alfombrilla de plástico negro. Descompuesto el otrora apolíneo continente, se abalanza sobre ellos:

-¡Eh! ¡Eh! ¡Esto es mío!

John agarra y tira de la alfombrilla y, pese a encontrar la inicial resistencia del ladronzuelo, este desiste de su posesión al percatarse de quién se la está arrebatando. John sostiene la alfombrilla entre sus manos sin salir de su asombro.

-Pero... pero... malogrado choro cabrón. ¡Es la alfombrilla de mi coche! ¡Me la acabas de robar en mis mismas narices!

El atribulado robador esboza una tímida sonrisa y una disculpa entrecortada, apelando al orgullo gremial.

-Perdone, señorsito... yo no sabía... cómo iba a saber de quién era... No se me enoje...

-Caco desgraciado... rata atorrante...

De pronto, la expresión de John se transfigura, se hincha de ira. Acto seguido, arremete contra el ladrón, atenazándole por el cuello y retrasando su puño, dispuesto a descargarlo contra la desafortunada cara del sujeto.

-¡Dónde está! ¿Dónde la has dejado?

El agrietado delincuente intenta guarecerse con sus cortos brazos, mientras balbucea espantado toda suerte de excusas:

-Yo no sé... Qué sé yo... Por favor... ¿De qué me habla? No me haga daño, señorsito...

-¿Dónde está ella?

John lo zarandea por la pechera de la camisa, soltando espumarajos de rabia y miedo, resoplando hiel y saliva. Los ojos sanguinos, el perfil demudado, repite sin cesar:

-¿Dónde está ella, malandro? ¡Dímelo!

-Suéltelo, señor, le va a haser daño –le aconseja el tendero, aferrándole los brazos.

Enajenado, John por fin libera al tipo, que rueda por el suelo como un botarate. En pleno desquicie, su contrincante de piel clara da unos pasos en círculo, la cara alzada y la mirada perdida.

-¿Qué habéis hecho con ella, degenerados? ¿Indios de mierda?

A su alrededor, empieza a formarse un corro con el gentío presente. Le observan primero con franca curiosidad, sin entender su desazón, luego con inofensivo reproche: un mestizo de modesto atavío destapa con la mano una botella de cerveza y, luego de apreciar la marca de la etiqueta, mira en dirección a John y le señala sonriendo, para a continuación fingir la sujeción de una segunda botella en la otra mano, emulando supuestamente la pose del anuncio publicitario; su sonrisa y señalamiento intermitente se les pega a los demás; al segundo la sonrisa



**-¿QUÉ LE HABÉIS HECHO? MACACOS INFELICES... RESINOSOS INMUNDOS... CHOLOS INFECTOS...
DECIDME, ¿QUÉ LE HABÉIS HECHO?**

se hace risa colectiva y al tercero abierta carcajada, mientras todos los paisanos, incluidos chófer y tendero, le cercan y apuntan con el dedo, contagiados de hilaridad ante su presencia allí.

John les contempla con abyección indisimulada, mientras musita perdido en su propia demencia:

-¿Qué le habéis hecho? Macacos infelices... resinosos inmundos... cholos infectos... Decidme, *¿QUÉ LE HABÉIS HECHO?*

Delirante, John les lanza la alfombrilla con saña y se arroja contra el blando anillo humano, abriéndose paso entre sus bienintencionados componentes, quienes, como una masa amorfa y sin perder la risotada ni la chanza, tratan de retenerlo y placarlo sin éxito. Tras unos intensos forcejeos, John alcanza por fin a desasirse de sus burlones, echando a correr hacia la calzada. Ahora está ligeramente despeinado.

Al llegar a la acera, a tres metros, localiza el coche donde lo ha confiado. Sudando, angustiado, franquea a grandes zancadas el graviloso tramo que le separa de la ranchera, precipitándose con gran agitación sobre la trasera de la camioneta. Asomándose al reborde azul, comprueba desazonado la ausencia, patente en la superficie desnuda de metal oxidado.

Pálido como un muerto blanco, John se vuelve en varias direcciones, buscando eléctrico en torno suyo, en medio del ensordecedor tráfico urbano. A su espalda, la chusma que se encontraba en el interior de la agencia abandona el solar y desemboca en la mal empedrada vereda, llevando consigo su capital de sornas y risas, que continúan vertiéndose inalterables ante la alucinada actitud de John.

Este, errabundo, pisa el firme de asfalto y vaga indeciso en contrarios sentidos, sin decidirse por ninguno. Su rostro, cercano a la histeria, se acerca a nosotros y nos interpela con los ojos desorbitados.

-¿Dónde está? ¿Dónde está Nancy? *¡NANCYYYYYYYYYYYYYY!*

Sube la música.